

GUILLERMO MONTAÑO

IN MEMORIAM

HORACIO ZALCE

Creo que no es la mera situación escalaratoria dentro de la sección de Cancerología de nuestra Corporación lo que impulsó a la mesa directiva a conferirme el honroso pero doloroso y humano encargo de pronunciar una corta alocución en memoria de Guillermo Montaña. (Y qué difícil es hablar de "memoria" para un pasado al mismo tiempo tan reciente y ya tan ultrajantemente distante). Creo que este encargo, que he tratado de cumplir en la forma digna pero apasionada que requiere hablar de una personalidad tan vigorosa, versátil y multifacética, se explica porque a Guillermo Montaña me unió un sólido afecto de compañero —aun cuando siempre mi superior jerárquico—, una comunidad de intereses profesionales, un cuarto de siglo de colaboración estrecha con él, un claro paralelismo en cuanto a posiciones e intereses político sociales, y toda una constelación de amigos comunes. En suma, todos los ingredientes necesarios —indispensables— que al mezclarse culminan en el mágico brebaje, raro tesoro en nuestras vidas de hombres y profesionales: la amistad. Y, en nuestro caso, conservando siempre la serenidad en el juicio, la objetividad en el

análisis, la pasión en el esfuerzo conjugado.

Repasar los datos biográficos, examinar los currículos un tanto tiesos a fuer de académicos, hacer revisión de trabajos publicados o programas en proyecto, es algo incompleto cuando se quiere aquilatar el valer de un hombre de la complejidad y la reciedumbre del llorado ex presidente de esta Corporación, la que ahora resiente ya su permanente ausencia.

Haré una breve mención de ellos, sin embargo, en un esfuerzo para tratar de completar el retrato del hombre cuyo recuerdo se exalta hoy. Guillermo fue médico oficialmente cuando en 1927 se graduó en una Escuela que aún no era Facultad, y en una Universidad que no era todavía, ni siquiera de nombre, autónoma. Tras de unos cuantos años de trayectoria profesional que pudiera haberse calificado de vacilante, pero que no era sino la manifestación de lo que ya despuntaba como característica inalienable de su personalidad: la inquietud curiosa del insatisfecho, regresa de las misiones culturales y de viajes al extranjero, a los Estados Unidos de Norteamérica primero, a Alemania y Suecia después, ya plena-

mente orientado hacia y dentro de la Cancerología. El término de oncología, más incluyente y francamente eufemístico, no era entonces de uso común.

Pero ya ahora, con la plena aceptación y difusión del término, y con también pleno conocimiento de causa, puedo afirmar con toda contundencia que en la actualidad no existe en México institución, corporación académica, sociedad oncológica o programa docente que haga de la oncología su materia de trabajo, en cuya historia básica o en sus relatos de actividad no se encuentre el nombre o se reconozca la huella del infatigable trabajador que fue Montañó. En 1940, junto con Ignacio Millán, logra que el original Servicio de Radioterapia del Hospital General de la S.S.A. se convierta primero en servicio y en Unidad de Cancerología después. Y corto tiempo tras de su ingreso a esta Academia, con la coyuntura que le proporcionan las entonces recientemente adoptadas modificaciones al reglamento, logra que de las secciones de fisioterapia y radiología surja con personalidad propia la sección a la que hoy yo mismo me honro en pertenecer: la de Cancerología.

En 1946 logra convencer a un grupo de financieros y al entonces secretario de Salubridad y Asistencia, doctor Gustavo Baz, para que conjuguen aportaciones económicas, materiales y de esfuerzo para crear el Instituto Nacional de Cancerología, de cuyo patronato será asesor técnico y luego, tras del *interregnum* de un sexenio de apatía y quietismo oficial, vende al doctor Ignacio Morones, titular del ramo, la idea de que se construya, se equipe y aprovisiona una gran unidad de cancerología dentro del Centro Médico Nacional, propiedad entonces de la S.S.A. La misma que, tras de la venta de éste al

I.M.S.S. constituye el Hospital de Oncología que hace tres meses celebrara su X año de actividades.

Y, bajo el empuje de su entusiasmo, se funda en 1951 con los médicos que entonces trabajábamos en el Pabellón 13 del Hospital General, la Sociedad Mexicana de Estudios Oncológicos, misma que después le honrará al concederle la primera medalla y conferencia magistral "Ignacio Millán" en el mes de agosto de 1968.

Es natural que a un espíritu así de inquieto y generoso le preocupe la difusión sistematizada de los conocimientos oncológicos y que, por tanto, derive a la docencia. Y organiza en combinación con la oficina de enseñanza del Hospital, cursos para graduados que, de tímidos ensayos en 1942-43, llegan a ser sancionados por la Universidad e incorporados a la División de Graduados de la Facultad de Medicina. Pero, dialécticamente, él a su vez quiere recibir conocimientos y es así que le vemos tomar cursos de matemáticas superiores, física, bioquímica e idiomas extranjeros.

Esta actividad que no conoce el reposo, esa impaciencia ante la pereza y la irresponsabilidad profesionales, unidas a su increíble fuerza biológica que durante su joven madurez se desbordara en humorismo punzante y en bohemias actividades extracurriculares, propician el cariñoso remoque que le adjudica su más cercano grupo de amigos: el "chamaco". Y aun cuando la denominación afectuosa perdura, es irrefutable, para quienes le conocimos cuando ya la detentaba, que se trata de un "chamaco" muy maduro, muy lúcido y tenaz y siempre con un *élan* vital y un espíritu de juventud y pujanza en desproporción con su edad cronológica y su aspecto de pocos años.

Desde su regreso a México es evidente que su pensamiento social y político se inclina hacia la izquierda, protestando ante las injusticias y apoyando verbalmente y con conducta las mejores causas sociales. Con amigos, discípulos y maestros, participa en la fundación del Círculo de Estudios Mexicanos, del Movimiento de Liberación Nacional y se une al Comité Mundial de la Paz y los amigos de la Unión Soviética y de la China Popular, por supuesto antes del cisma actual. Escribe ensayos combativos, frecuentemente con humorismo apasionado y cáustico. Participa en actos públicos y oficiales. Y comienzan a aparecer las inconfundibles señales de la temible combinación que constituyen un cuerpo al que poca o ninguna atención se presta y un espíritu implacablemente activo y joven, que lo estimula sin piedad. Varias operaciones urológicas, dos infartos severos, recurrentes y rebeldes infecciones urinarias, no logran amilanar a quien, en julio de 1970 da signos evidentes de una grave afección que, por ironía no infrecuente de nuestro destino, resulta ser de naturaleza neoplásica maligna, tras una laparotomía exploradora. Y cuando, tras de viscisitudes

clínicas varias debe ser informado de ello a fin de justificar un segundo y heroico esfuerzo quirúrgico curativo, se enfrenta a su dura verdad con una conmovedora entereza, que provoca el sollozo interior, cuando acepta —y para pronto— la nueva intervención, pero con la exigencia de una promesa *sine qua non*: que no se informe de ello nunca a su esposa.

Un breve pero increíble periodo de mejoría le permite aceptar el nombramiento de miembro del Comité Técnico de la Campaña Nacional Contra el Cáncer y todavía poco antes de la última sesión a la que concurriera, lee con apagada voz y visible esfuerzo un documento vigoroso, claro, y de gran valor civil.

El primero de junio muere, tras de un par de semanas de agonía en el sentido más estricto del vocablo, con más intenso sufrimiento moral para sus allegados que el físico que él manifestara. La Corporación ha perdido con él a un maravilloso elemento humano, a quien difícilmente le satisfaría el deseo ritual: ¡Que descanse en paz! Sería incongruente para quien en vida dejó un ejemplo diáfano de lo que debe ser la actividad integral de un hombre.